

Historia

Celebrándose este año el Cuarto Centenario de la muerte del gloriosísimo Apóstol de las Indias y del Japón San Francisco Javier, S. J., ofrecemos a los lectores estas interesantes páginas que enfocan la personalidad de aquel brillante joven compañero inicial de San Ignacio.

JAVIER, EL JOVEN DE LA POSTGUERRA

PRIMERA PARTE

La tragedia de un ideal

El que no se haya asomado a la realidad de un pueblo postbélico, no es capaz de concebir la fuerza que un ideal exasperado, o ilusión rota puede ejercer sobre la juventud.

La guerra ha impreso sobre todos el sello realista de la contingencia. El joven vencedor que a los catorce o dieciseis años se ha visto emancipado de la familia, en una continua aventura de muerte y con un arma que le hacía dueño por conquista de cuanto pisaban sus botas guerreras, siente la necesidad de vivir, de gozar, y —enseñado por la fugacidad de la vida— de vivir y de gozar a prisa. Sus años de combate han sido un caminar cansado y congojoso, entre dos hileras de camaradas que sucumbieron cuando aún no habían comenzado a vivir. La dura realidad le ha demostrado en un teorema de cadáveres, que el placer no es ningún mendigo que torna muchas veces a tocar el aldabón de nuestra puerta. El tesoro del hombre es el placer presente —no la esperanza ni el pasado— y es preciso lanzarse de bruces sobre su cauce.

¿Qué extraño, pues, que su voz repita el eco de aquel lema positivista y ebrio de Heine: 'Dejemos el cielo a los gorriones y a los ángeles, nosotros quere-

mos champán, rosas, y el baile de ninfas sonrientes?'

Tras los años sueltos de su juventud despótica, el joven que vuelve a su hogar, ya no encuentra tampoco el peso de una autoridad que le constriña; vuelve como señor, no como súbdito; es un huésped, no un hijo. Además la guerra, al clavar sus zarpas agudas en la familia, ha dejado mucho dolor que olvidar, para poder preocuparse de las travesuras de un adolescente.

El joven vencedor es un subátomo suelto cargado de electricidad. Gira con vértigo en torno a la aventura.

Pero se me van sin querer los ojos a las páginas macabras de Plievier. El cuadro está cargado de tintas oscuras y ante él se siente el terror de lo trágico. Es el drama de la juventud vencida escrito con espectros y con cadáveres sobre la página nevada de la estepa rusa; el ideal fanático, la fe ciega de una juventud que cree en un hombre —el Führer— y marcha cantando hacia una victoria falsa. Los cantos se van apagando, poco a poco, al irse apagando las gargantas; el ideal se despierta con el frío helado de una realidad fatal; y la fe se torna desesperanza, al pasar el tiempo con alas de hambre y de abandono.

—Los cuadros de aquel Stalingrado rendido son el exponente de una juventud desesperada.—

Y al leer sus escenas añorantes de amores lejanos, de glorias pasadas, de comodidades y aun de grandes fortunas, de las que sólo permanece un sueño torturante, se repite en mi alma el eco de Heine:

'Dejemos el cielo a los gorriones y a los ángeles. Nosotros queremos champán, rosas y el baile de ninfas sonrientes?'

'mas. . . para el que no puede pagar el vino, las rosas y las ninfas, no queda otro remedio, que alejarse un poco —lo bastante para no estropear la alegría de los demás— y poner en sus sienes el cañón de la pistola. Un hombre se va, un átomo menos. La naturaleza es eterna, el poder de las pasiones es inagotable. El sol sale por las mañanas, para madurar nuevos racimos, nuevos hombres, nuevas mujeres. Y el caos crepuscular continúa su zarabanda, como un torbellino de polvo en un rayo de sol?'

Ciertamente; a esta juventud vieja antes de tiempo —la juventud no es una edad del cuerpo sino del alma—no queda sino el camino infame del suicidio, cuando todo es vida a su alrededor; el sabatido de la angustia que se mira, como un sauce lloroso en el estanque de su desdicha, cuando todo es alegría y placer; o el vesánico del placer loco, para poder olvidar su pasado, enrolándose, en la ‘danza crepuscular’ del mundo vencedor. El que ayer vivió en un palacio ducal; y ha tenido que descender, harapiento de honra y vestido, a través de las ruinas de su grandeza anterior, mendigando una madriguera y un pedazo de pan, tiene la necesidad perentoria de olvidar, de sumergirse en un Leteo —sea cual fuere— que le cambie el panorama de su realidad agobiadora. Y como ya no tiene fama que perder, su carrera es más loca, más desatada. . . ¡y más trágica!

Este el ‘Trivium’ aterrador y patológico, que a los que no son héroes, señala la derrota con su flecha cruel de angustia.

La postura del joven postcombatiente —la del vencedor que tiene que gozar aprisa, y la del vencido que tiene que olvidar, también aprisa —nos parece muy natural. Cuando no se tiene temple de héroe al dolor no se le abraza, se le ahoga.

Pero entre lo negro refulge más la luz. Por eso voy a presentar, sobre este telón macabro e inmoral, la antorcha de un joven de postguerra, que fué héroe. Un joven que si ~~no~~ nadie, qué es el desgarrón de una fama, y la miseria de una casa descendiente de reyes; un joven que subió muy alto, que sintió muy hondo el orgullo de sentirse noble y rico, para paladear mejor el rejalgarse de una derrota y de una estrechez; de un joven —muy héroe, pero muy joven— que tenía el amor en carne viva, apasionante, desasosegado, con ansias inaplazables de ser saciado.

Amar aprisa, olvidar. Los dos aguijones de la postguerra!
El honor del hidalgo.

—Del trono a la miseria—

El caballero de la mano en el pecho que Doménico Theotocópuli nos retrató en su cuadro sombrío, ha eternizado al hidalgo del siglo XVI. Rostro severo que exige consideraciones y reverencias, gesto de juramento y espada toledana —tal

vez su único tesoro— amenazando desafíos al que se atreva a escarnecer su honor. Y unas ropas negras predicando religiosidad.

Ludvic Pfandl, el maravilloso conector de nuestra historia y de la psicología de nuestros personajes del siglo de oro, no duda en afirmar:

‘El español de entonces se caracterizaba por su orgullo de raza, de nobleza, de fe, oriundo de la edad media y acrecentado durante el reinado de los Austrias; se distinguía además, por la altivez de guerreros y conquistadores, adquirida a la sombra de la reconquista patria y del descubrimiento del Nuevo Mundo’.

Y añade a renglón seguido, esta especificación que nos puede hacer conocer más a fondo el carácter navarro de Javier, embriagado de gloria:

‘Los navarros, Aragoneses y Vizcaínos reclaman para sí el título de nobles, por considerarse como los más antiguos y fieles paladines de la reconquista. ‘Omnes sunt in hac regione nobiles ex privilegio regis, quia ista sola natio cantabrica maurorum expulit’ escribía aún en 1669 un fraile franciscano (1).

Y no menos revela el carácter altanero de los antiguos nobles, las fórmulas de coronación de los reyes. Reza así la de los monarcas de Aragón:

‘Nos, que cada uno valemos tanto como vos, y juntos más que vos, os ofrecemos obediencia si mantenéis nuestros fueros y libertades y si no, non’.

No es pues extraño, que como anaquelciosis de su exposición, concluya Ludvic Pfandl, con esta frase lapidaria, propia de su expresivo decir:

‘El honor era para todo bien nacido, como una virtud de orden interior, espiritual’.

Por eso llegó a ser un tópico de nuestra literatura. El honor es el pivote sobre el que gira casi en su totalidad nuestro teatro, (2) —exceptúense los Autos

(1) ‘Introducción al Siglo de Oro’ por Ludvic Pfandl; Traducción del P. Félix García. Agustino. Segunda edición, 1947. Cap. VI, p. 138. Editorial Araluze. Barcelona.

(2) Es interesante para conocer esta faceta el trabajo de A. Rubio y Lluch; ‘El sentimiento de honor en el teatro de Calderón. Barcelona, 1882.

sacramentales que son de otro orden, aunque en él no juega un papel del todo secundario tampoco el honor— y es el hontanar del que bebieron su inspiración nuestros romances —Ilíadas sin Homero los llamó Lope— y el punto blanco con que se ensañaron nuestros autores de picarescas.

Y Javier era hidalgo, muy hidalgo. ‘‘Todo santo, antes de ser santo, es hombre’’ —afirma Chesterton, en una de esas frases al parecer vulgares y sin importancia. Javier fué hombre español, de su siglo, navarro, y además grande de un reino.

El árbol genealógico de los Javier hunde sus raíces más profundas en terrenos musgosos de realeza y nublados de leyenda. Su madre, D^a María de Azpilicuenta Aznárez de Sada, podía encontrar ascendientes suyos en los tiempos hazñosos de Carlo Magno, y emparentada directamente con los primeros reyes de Navarra y de Aragón.

En 1506, estaba el castillo de Javier en el cenit de la gloria. El reino de Navarra, aunque no había obtenido en Don Juan de Albret un Rey heroico en la pelea, ni habilidoso en la política, había sin embargo, encontrado un Rey amante del fausto, del arte, y de llevar con elegancia —como todo francés— su autoridad. Víctor Gebhart nos lo describe como ‘‘hombre de poca capacidad y escaso valor; pero de condición afable y llana, supo ceñir con brillos su corona’’ (1). Sabía colmar de honores y de riquezas a sus vasallos. ‘‘Su mayor defecto —añade Gebhart— consistía en la facilidad con que abandonaba a sus favoritos los cuidados del gobierno’’.

Pero este mismo defecto redundaba en honor del castellano de Javier.

Don Juan de Jassu era entonces el presidente del Real Consejo del Reino, y el ‘‘favorito’’ del Rey. Era por lo tanto el verdadero soberano del ostentoso Reino Navarro.

En estas circunstancias nació Javier. Fué un día de primavera de 1506 —el 7 de abril— cuando la vieja fortaleza, cargada de historia, se remozó de juventud con el nacimiento del noble benjamín. Pocos meses antes, en la vecina ciu-

dad de Sangüesa —distante tan sólo 8 Kms. del castillo—, había nacido el príncipe de Viana, Enrique de Albret. Conocida la índole del monarca y la Privanza de Don Juan, no es extraño que los dos adolescentes —príncipe y castellano— trenzaron a menudo sus nobles manos en los juegos y paseos, por los campos aledaños del castillo, mientras la corte marchaba de caza a la vecina sierra de Leire.

Javier, por consiguiente, había bebido, sólo con nacer, la nobleza más grande y el orgullo más justificable. Era español y era navarro; y entre los navarros, había heredado como nadie el jugo de la reconquista.

Su castillo fronterizo databa de los tiempos belicosos del Rey Trovador —Teobaldo I— que en 1236 lo había encomendado a Don Adán de Sada, ascendiente de D^a María. Y aún guardaba, entre sus almenas, choques de armas e historias fantásticas de algaradas morunas.

Pero bajemos ya al terreno real de nuestra tesis. Que este joven bebiera desde el instante mismo de nacer, su orgullo de casta, no es sólo una consecuencia lógica de las circunstancias de su casa, sino un hecho incontrastable que confiesan —tal vez un poco resquemados de su altanería— los contemporáneos de Javier en París.

Sin adelantar ideas, haré constar que la fortuna de Javier al arribar a la capital francesa, había cambiado totalmente. Era poco más que un hidalgo pobrete, de los que gustaba ridiculizar Quevedo. No obstante, jamás cedió en su orgullo de casta.

Nos lo pintan sus compañeros como un joven con muchos humos de nobleza —se hacía llamar Don Francisco de Jassu (1) —que a pesar de su penuria económica, derrochaba manirrotamente y sostenía un criado para su servicio y un caballo para su recreo.

Algún burlón se dió cuenta de la lucha que en aquel joven altivo se reñía entre sus escaseces y sus presunciones. Tal vez le vieron llamar —envuelto en las sombras de la noche y de la vergüenza— en el aposento de aquel estu-

(1) ‘‘Historia general de España y de sus Indias, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Cuarta edición, Tomo IV. Cap. LVI. p. 419 (886).’’

(1) Es de advertir que el apelativo de ‘‘Don’’ fué en un tiempo privativo de los Reyes y luego se extendió a los grandes y nobles del Reino.

dian­te en­tra­do en edad —decían que era noble, aunque él, ¡sublime contraste con Javier! gustaba de aparecer mendigo— para pedirle prestado algunos luises de oro. Y desde entonces la burla rodó por los corros estudiantiles, cansados de noblezas. Las acciones del noble navarro se subrayaban con la rúbrica mordaz de una risa escéptica.

La honra de Javier sufrió mucho aquellos meses. Por fin un mensajero ensilló su caballo nervioso. Devoraba los caminos de Francia en busca de la nobleza despreciada del joven navarro. Una carta volcánica, rasgada, exigía la ejecutoria judicial de su nobleza. Y después... un sueño —¡aún!— de ambición: una canongía en la catedral Iruñesa. ¡Aún en la miseria y en la burla, seguía soñando aquel hidalgo en cumbres de gloria!

Pero tal vez uno de los testimonios más fehacientes psicológicamente de aquella comezón de gloria que tenía Javier en el alma, nos lo propone el mismo hecho de su conversión.

La intuición psicológica de Ignacio de Loyola ha quedado como un tópico en la historia. E Ignacio, aquel inspirado conocedor de hombres, no atacó en Javier sino un vicio: su vanidad.

Pero sin analizar aún el mismo proceso de su conversión, consideremos un poco sus preámbulos.

San Ignacio confesaba en aquellas tardes confidentes de su vejez, dando la historia de su vida —hasta sus travesuras de ‘muchacho’— se desgranaba en los atardeceres de la azotea romana, que la conquista de Javier había sido la que más oraciones y trabajos le había costado. Ya este mero hecho es significativo. ¿Por qué Javier esquivaba, repetía, a aquel estudiante suave y caritativo, de modo que apenas podía tomar contacto con él, si no era para pedirle algunas monedas? Se podría objetar que por, razones políticas. Pero no es verosímil que aquel Ignacio que ocultaba con tanto celo su nobleza, hiriera con ella al joven navarro, enemigo antaño de sus banderas incluso nos es lícito creer, que Francisco no se enteró hasta muy tarde del pasado de Loyola. Mas, no obstante, había dos puntos en los que ambos estudiantes diferían. El primero, tal vez el más poderoso psicológicamente, es que Ignacio, aunque con humildad, hacía escuela, era un maestro y un director de jóvenes. Proponía ejercicios piadosos desacostumbrados —ñoños para un Javier

lleno de ínfulas y de personalismos—, constreñía la vida a unos cauces austeros de cristiandad, y, sobre todo, gozaba de un ascendiente superior entre sus compañeros, que no se podía avenir bien con el galleo de Francisco. Pero además como colofón de la repugnancia de Javier a Ignacio, se junta la disparidad física de ambos. Javier se gozaba de su agilidad en los certámenes de la Isla del Sena, Ignacio cojeaba; Javier con criado y cabalgadura, Ignacio con hábitos raídos; Javier altanero, Ignacio humilde.

Por eso Ignacio, cuando a fuerza de favores, logró acortar las distancias, no empleó sino una frase para la conversión del navarro; ‘Javier, ¿Qué le importa al hombre ganar todo el mundo...?’

Me he imaginado muchas veces la escena: Javier —centro de un grupo de escolares que le aplauden sus éxitos— se paladea en su gloria.

—‘Mi padre fué Doctor en leyes y consejero del Rey... Mi tío Don Martín...’

E Ignacio, rozándole con suavidad el hombro, deja caer con un cuchicheo de brisa desengañada: ‘Javier, ¿qué importa ganar el mundo...?’

Y se aleja despacio con su indeciso cojear... ‘Porque si llego a borrar este vicio —confesaba Ignacio al humilde pastorcito de la Saboya— espero de Javier un santo taumaturgo’. La historia le ha dado la razón.

Pero aún creo que permanecería una duda en nuestra conciencia. Porque en la historia la deducción es lógica, pero la lógica no es necesariamente la verdad. Ella dirige los pensamientos, pero aunque estos sean muy rectos pueden no estar conformes con la realidad. Por eso vamos a aportar el testimonio, irrefutable: la propia confesión de Javier.

Si sabemos leer en sus escritos, oiremos la confesión de aquel que antes de ser santo, fué noble, navarro e hijo del siglo XVI. En todas sus páginas se halla su testimonio: una veces implícita, otras explícita, pero siempre formalmente.

Es en verdad curioso el tratado completísimo que nos ha legado sobre la humildad en sus cartas e instrucciones. Pero es más curiosa la configuración interior de este tratado. Para el que conozca un poco íntimamente la literatura ascético-escolástica de aquella edad floreciente en ascetas filósofos, no puede menos de ser sorprendente el estilo ingenuo, desnudo

de citas, que usa aquel Doctor de la Sorbona. En franca contradicción con su época, nos ofrece una exposición práctica, riquísima, eso sí, —y es la fuerza de nuestro argumento— en psicologismo, en experiencia, y en remedios que como él mismo confiesa ‘mucho le ayudan para vencer este vicio’. En sus cartas se ve al humilde que no nació con la mansedumbre sino que la ha conseguido a fuerza de vencimiento y de piadosas estratagemas y rigurosas mortificaciones. Mas para nosotros son aún más ricas sus humildes exclamaciones —sublimes ‘mea culpa’ de su vida pasada: Ay vanidad, vanidad! Cuánto mal has hecho, haces y harás. . .!

Si el lugar y el tiempo me lo permitieran, gustaría de alargarme en este punto, porque es cardinal para mi propósito: ‘Javier sentía en carne viva el aguijón de la honra’.

Esa es la savia que bebió en su cuna, aquella mañana de primavera de 1506. . . Pero el único fin de aquella hidalguía, era de sentirse rota e infamada. . .

El cenit de la gloria estuvo para los Jassu muy cercano a la noche de la infamia. El péndulo de la fortuna jugó cruelmente en su vaivén de contingencia.

Un día de verano de 1512 —24 de julio— los caballos de la comitiva regia abrevaron en el pozo medieval del castillo. En la poterna gótica se perfiló un adiós. Lágrimas de D^a María, un beso en las mejillas sonrosadas del benjamín, —aún tenía 6 años— y Don Juan de Jassu partió para siempre. Don Juan III, cobarde en los momentos difíciles de su reino, volvía a repasar los Pirineos camino de su dulce Francia. El fiel favorito siguió en su suerte al desdichado monarca. Aunque las tropas castellanas respetaron a los vencidos, tres años después el fastuoso reino navarro se había troncado en una provincia más del reino de Castilla, y la familia de los Jassu había pasado a la historia.

El 15 de octubre de 1515 —unos meses tan sólo habían transcurrido desde la anexión oficial del antiguo reino de Navarra a Castilla— Don Juan de Jassu, murió según Gebhart de dolor y de vergüenza. Bajo aquella misma ojiva, del portón volvió a enmarcarse la figura de D^a María, pero ahora con tocas de viuda, detrás de un féretro.

¡Era el comienzo de la catástrofe!

Al año siguiente, Enrique de Albret, juguete de Francisco I, reclamó la lealtad de los Jassu para reconquistar su añorado trono Iruñés. Los Jassu respondieron como se lo exigía su sangre. En

su mismo castillo fronterizo se juntaron los conciliábulos de la conjuración. Y una mañana, Miguel y Juan, después de haber pedido la bendición de su madre y de haber acariciado a su hermano pequeño —aún Francisco no tenía diez años— montaron en sus cabalgaduras al frente de las mesnadas roncalesas. Entre el oro del sol y del camino, Francisco se complacía en el brillo de las cotas y de los cascos que refulgían. Sus ojos educados al fulgor de las espadas y a la configuración almenada de las murallas y a la actitud erguida y lineal de los torreones —estrofas rígidas de una epopeya pasada— resplandecían con ansia de lucha y de ideal, aquella mañana de su niñez. Toda la nobleza de su nacimiento, estaba de puntillas en su alma, asomándose por sus pupilas negras y grandes. Era la primera vez que se miraba sobre el cauce de la guerra agitando su pañuelo fué despidiendo la fantástica cabalgata.

—En un rincón del oratorio D^a María quemaba con sus lágrimas los pies del Cristo milagroso. A su lado el benjamín, sintió también que las lágrimas le brotaban. . . , tal vez, y, no sabía por qué! Al lado de su madre, y a los pies del Cristo, aprenderá la difícil lección del sufrimiento.—

El desastre fué atroz. Las tropas francesas derrotadas en San Juan de Pie del Puerto, hubieron de reparar los Pirineos, dejando a su capitán en manos del ejército de Cisneros. Y un día, una patrulla de hombres llamó a las puertas del Castillo. Traían un documento para la Señora propietaria. El Cardenal regente ordenaba destruir todas las fortalezas navarras, excepto la de Pamplona, refugio seguro de sus tropas. Así se dificultaba a los rebeldes todo conato de sublevación. En la lista de baluartes por destruir figuraba en primer puesto el de Javier ‘por haberse allí reunido los conjurados’ (1).

Francisco muchas veces se quedó mirando al foso que poco a poco desaparecía entre las ruinas. Las torres cuarteadas; eran muñones sangrantes —las estrofas épicas y hazañosas, son ahora estrofas quebradas de un Manrique que canta a la muerte— pidiendo compasión al cielo. El golpe de una desilusión en el corazón de un joven, todo ideal, es de un efecto caótico. El joven, que se despierta a la juventud, con una desilusión, ha despertado mal. Aún Javier recordaba

(1) Schurhammer. Vida de S. F. Javier. Capítulo I.

la gloria de su Castillo soberbio minado por los siglos, y el adiós ilusionado a las tropas roncalesas. Y ahora su castillo era un palomar arruinado. Alguna vez quiso ascender a la torre de homenaje para contemplar el correr lento del Aragón, y no pudo, porque la torre ya no existía.

Y desde entonces el resbalar por el tobogán de la fortuna fué virtiginoso.

En 1520 se vuelve a insurreccionar la lealtad navarra del conjuro de su Rey. Y de nuevo el Francisco animoso —14 años de vigor y de ideal— torna a despedir las tropas de sus hermanos. La sangre de Francisco comenzó a bullir de nuevo en anhelos de guerra. Pamplona cayó en poder de los insurrectos, Javier comenzaba a soñar de nuevo con su Castillo, en su gloria, en su venganza. La madre junto al Cristo seguía llorando en silencio. Los corazones maternales siempre adivinan las desgracias. . .

La fortuna volvió a jugar en su vaivén de péndulo. Primero las derrotas de Logroño y Noain, después las gestas maravillosas pero inútiles de Amayur.

. . . Y una tarde de luto volvió a ceñirse sobre las ruinas denegridas del castillo. Juan había caído prisionero y esperaba su sentencia capital en la cárcel de Pamplona. Los dos heroicos capitanes habían sido declarados traidores al Emperador. —¡Traidor un hidalgo!—

Tras el aparente éxito de la campaña primera, caía más dolorosa la infamia. D^a María ya no soaba usar la nobleza de sus apellidos en las firmas de sus cartas íntimas; sólo tenía un apelativo: D^a María. . . 'La Triste. . .' Aún nos quedan algunos testimonios de ello, que declaran con elocuencia, cuán rudamente descargó el infortunio su golpe sobre aquellas almas hidalgas.

El año 1523 fué el postrer aldabón de la miseria en la puerta del castillo. La misericordia del Emperador concedía un perdón general a los nobles navarros, esperando en torno su lealtad y su obediencia. Sólo unos cuantos, entre ellos los Javier, eran exceptuados. Y con la infamia penetró agazapada la penuria.

La plebe siempre ha deseado una revancha de sus señores, hacerles sentir su dominio, reirse de sus pergaminos y de su nobleza. De ahí se han originado siempre todas las revueltas y todas las revoluciones. Y la plebe, cuando ve a sus

antiguos dueños humillados, impotentes sometidos a una suerte tanto más dura cuanto menos esperaba; suele ser cruel. Por eso los colonos de los pingues terrenos que Don Juan de Jassu había obtenido en su época de esplendor, se negaron con altivez a pagar sus frutos a unos traidores de lesa Patria. Aun los sabreros de la sierra rehuían insolentemente el pago de la aduana. Vez hubo en que Francisco y sus hermanos, heridos en la honra, persiguieron a los zagales, espada en mano, para vengar el desacato por la fuerza. La ira se agolpaba a sus ojos y temblaba en los dedos nerviosos que sostenían el acero. . . cuando el zagal insolente, burlón, con un sostengo despectivo abrió su escarcela y les alargó un pliego judicial: 'Los territorios del castillo estaban excluidos de la Aduana'.

La situación era desesperada. La miseria acurrucada en el corazón soberbio de los Jassu, mordía sádica su honra.

Así amanecían las auroras grises, cuando Javier, con sus diecinueve años en carne viva, con su corazón apasionado, más sensible y más sediento de amar, por el contraste de la desgracia, se despidió de su madre, para enrutar su vida de nuevo hacia la gloria. Mucho se discutió en la casa sobre la partida de Francisco a París: la bolsa estaba exhausta y los estudios eran caros. De ahí las congojas y los combates entre su vida rumbosa de noble y su dinero escaso de vencido, que en París le hacían escribir aquellos pliegos torturantes a su familia.

Javier al ensillar colocó en su montura el equipaje: una juventud pasional, un corazón de diecinueve años, y unas heridas profundas, resquemantes, que había que cauterizar con el olvido.

Javier era un joven de postguerra, enrutado hacia un país embrujado de libertad. . . y de libertinaje. El héroe y el joven agarrados de la mano van a trabar la batalla. . .

Santiago de Anitua

(1) Magistralmente está retratado el ambiente de esta época de los Javier en el primer capítulo de la vida del Santo que escribió el P. Schurhammer como esbozo adelantado, de la Gran obra que acaba de imprimir en Roma con todo lujo de datos, y con un método de investigación exhaustivo de la materia.